

desesperación, su compasión y su coraje están desde hace años inseminando dignidad al futuro, y que uno de esos hombres se llama Ernesto Sábato.

* * *

Los conflictos de Sábato con ciertos peronistas: son los conflictos de un demócrata. Censuró la demagogia de Perón, su caudillismo autoritario, el uso del terror policial, las torturas, las restricciones a la libertad de la Prensa, la política universitaria, las connivencias de algunos sectores peronistas con el fascismo, la corrupción del peronismo de derecha. «En 1945 mataron a un estudiante en las calles de Buenos Aires. Junto con veintitantos profesores, protesté por el asesinato y fui exonerado de mi cátedra. Dirigí entonces una nota pública al entonces ministro Benítez, diciéndole que no me asombraban los procedimientos nazis del gobierno—dados sus antecedentes—sino los errores de sintaxis, ya que el decreto emanaba del Ministerio de Instrucción Pública. Fui condenado a dos meses de prisión por desacato. Un año después el gobierno ofreció la reincorporación de los profesores expulsados. Muchos aceptaron ese acto de gracia, yo no. Durante diez años tuve que ejercer toda clase de oficios, no siempre intelectuales, para simplemente sobrevivir y para poder darme el lujo de una línea de conducta» (23). Es el Sábato universitario que recuerda «centros de investigación como aquel Instituto de Filología que en la década de 1940 realizaba trabajos ilustres y traducía la obra de Saussure, cuando aún faltaba un cuarto de siglo para que el estructuralismo conmoviera a los snobs», y protesta porque «el Instituto fue arrasado por Perón, por el mismo tiempo en que recibía alborozado a los jefes nazis que huían como ratas disfrazadas hacia nuestras playas, encabezados por un asesino llamado Eichmann» (24). «Yo no defendí nunca, ni tampoco defiendo ahora, la persona de Perón. Le recrimino, entre otras cosas, no haber estado a la altura de la histórica situación, de haber abandonado a su pueblo; de no haber tenido nunca el coraje que en cambio tuvo Evita Duarte; de haber carecido de grandeza; de haber cedido innumerables veces a la demagogia, que es al amor por el pueblo lo que la prostitución es al amor; de haber desarrollado una industria para el consumo y para satisfacer fáciles apetencias en lugar de haber creado, con sacrificios, las industrias de base; de haberse rodeado cada día más de obsecuentes y aprovechados, desechando a hombres independientes como Jauretche; de haber admitido la corrupción y el servilismo; de haber fomentado la persecución de los

(23) *Claves políticas*, pp. 65-66.

(24) *Apologías y rechazos*, p. 101.

hombres libres que, equivocados o no, tenían el coraje de expresár sus ideas en contra; y, en fin, de haber favorecido con entusiasmo la entrada de decenas y quizá de centenas de jérfarcas nazis y de criminales de guerra como Eichmann, que fueron sus amigos personales después de haber torturado y asesinado a seis millones de judíos y a centenas de miles de demócratas. Es necesario que los muchachos de hoy, como vos, sepan estas verdades y no crean que todo fue justicia social» (25). Sí, desgraciadamente, el peronismo fue, también, un movimiento que encabezó Perón, y al que Perón abandonó («innoble huida» llama Sábató a ese abandono). Y, desgraciadamente, el Perón del exilio, a quien ingenuamente visitaban en Madrid los comisionados de las izquierdas peronistas suponiendo que lo tenían de su lado o que podían utilizarlo, tenía como secretario a López Rega, artífice de la ultraderechista Triple A. Cuando cayó Perón, en 1955, la *intelligentsia* antiperonista adoptó, por lo general, una posición ahistórica ante la complejidad de este fenómeno de masas, considerándolo tan sólo como una forma de patología social, sin profundizar en la desesperación social que pudo posibilitar la emergencia de un caudillo que era a la vez un demagogo (si es que no son la misma cosa, prácticamente siempre) y sin comprender, por lo tanto, la persistencia, la obstinación (la injusticia social, la pobreza, la humillación) de aquel movimiento populista. Ezequiel Martínez Estrada (*¿Qué es esto?*) y Ernesto Sábató (*La otra cara del peronismo*) se desmarcan de esa interpretación unilateral y semiabstracta, y explican por qué el peronismo no se disipa como una pesadilla sino que persiste como una realidad social. Sábató denuncia a quienes olvidaron «las inenarrables historias de jóvenes valientes como Felipe Vallese, que, después de la caída de Perón, sufrieron el tormento y la muerte sin que los intelectuales que tanto sufrieron por las persecuciones peronistas dijieran una sola palabra y ni siquiera solicitaran investigación y castigo: sería para ellos la única justificación de su antiperonismo, ética y filosóficamente hablando» (26). «...durante todo el régimen de Perón estuvimos en contra, como la mayor parte de los intelectuales. Luego se vio que había sido por motivos muy diferentes. Cuando cayó, me ofrecieron la revista *Mundo Argentino*, que durante varios meses hice con la colaboración de un grupo de jóvenes notables. Un día tuvimos noticias de que se estaba torturando a militantes peronistas. Entonces publicamos un documentado y minucioso trabajo de Da Mommio en que se daban nombres, lugares, datos precisos e incontestables. Y esa misma noche denuncié los hechos por Radio Nacional» (27). Fue

(25) *Claves políticas*, pp. 75-76.

(26) *Claves políticas*, p. 77.

(27) *Claves políticas*, pp. 74-75.